



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

SEGUNDA PARTE

ACCIONES DE LOS HOMBRES EN SOCIEDAD

En esta ruta que ahora comienzo caminaré al azar sin seguir plan ninguno.

■ Obtener el favor de otro

Entérate de cuáles son los intereses de tu amigo y halle unos regalos de acuerdo con su carácter. Ofrece unas obras de matemáticas, *La comunicación de los secretos de la Naturaleza*, los libros de Mizauld, etcétera.¹

Ve a verlo con frecuencia, consúltalo, utiliza sus opiniones. Pero no descubras jamás tu interior delante de él, porque si llegara a ser tu enemigo sabría cómo

¹ Obra de Giambattista Della Porta. Físico napolitano (1538-1615), inventor de la cámara oscura y de la linterna mágica, parece haber sido el primero en concebir la idea del antejo de Galileo. Autor de tragedias, de comedias y de numerosas obras de física. Fue fundador de una Academia de los Secretos.

Antoine Mizauld, médico, matemático, astrónomo, meteorólogo, astrólogo, autor de una cuarentena de obras entre las cuales, un tratado que lo hizo famoso en su época: *Nouvelle invention pour incontinent juger du naturel de chacun par la seule inspection fu front et de ses linéaments* [Nueva invención para juzgar en el acto el carácter de cada cual por el solo examen de la frente y de sus lineamientos], París, 1565, del que Mazarino hace un gran uso con ocasión de sus observaciones fisiognómicas.

tenerte dominado. No le pidas nada que a él le repugnara concederte como todo lo que se refiere a lo tuyo y a lo mío. Con ocasión de las fiestas solemnes, en el día de su aniversario, con motivo de una curación, felicítalo con algunas frases breves pero bien compuestas. Háblale con frecuencia de sus virtudes, jamás de sus vicios. Confíale tu intimidad refiérele los elogios que hacen de él susurrándose los al oído, sobre todo los que proceden de sus superiores.

No le muestres sus vicios y no le reveles los que se le reprochan, cualquiera que sea la manera en que te lo pida. Y si insistiera con demasiada vehemencia, niégate a creer que pueda tenerlos como no sean muy anodinos, o bien cita aquéllos que en otra ocasión se ha reconocido él mismo. Porque este género de verdades deja siempre un sabor de boca amargo cualquiera que sea el modo en que pruebes a presentárselas, sobre todo si han sido dichas con todo conocimiento.

Transmítele con frecuencia tus saludos por intermedio de un tercero o por cartas dirigidas a terceros. Escríbele a menudo. No defiendas jamás una opinión contraria a la suya, ni le contradigas. Y si tienes la audacia de hacerlo, dale la posibilidad de que te convenza y de que te haga cambiar de opinión fingiendo adherirte a su criterio.

No dudes en darle frecuentemente sus títulos y sé rápido en seguirle en sus empresas incluso si éstas no deban realizarse. Pero no trates de agradar a nadie imitando sus vicios y no adoptes tampoco unas actitudes que no se avendrían con tu estado. Un eclesiástico, por ejemplo, se guardará de los chistes gruesos, de las borracheras, de las bufonadas, etc. Porque si en el momento tales actitudes pueden gustar, suscitan también el desprecio y los sarcasmos. Más tarde pueden incluso acarrear odios tenaces. Si alguna vez conviene

que salgas de los senderos de la virtud, que esto sea sin adentrarle en los caminos del vicio.

Si quieres acercarte a alguien, comienza por fijarte en quién está a su favor en su corte, quién trama las intrigas, quién tiene el privilegio de la burla. Procúrate el favor de esas gentes por todos los medios: te serán muy útiles para el futuro. Podrás en particular utilizar sus consejos para hacer progresar tus asuntos, porque las personas de esa especie cuando dan un consejo, participan en su realización. Si hay alguien de quien quieras vengarte, vuélvelo sospechoso a los ojos de aquéllos y haz que tu odio se convierta en su causa.

No dejes jamás que el Amor² te ordene cometer un crimen. En el momento, tal vez te quede reconocido, pero después verá en ti un juez. Se pensará que eres capaz de cometer contra el Amor lo que tú has tolerado que se te ordene contra otro. De todos modos, pasarás por ser un hombre cuya virtud y cuya fidelidad se compran. De lo contrario, lo mejor es tomar la recompensa de tu crimen y desaparecer al punto.

Escribe una carta elogiosa sobre un tercero y déjala después extraviarse y ser interceptada por otros con el fin de que caiga en las manos de ese tercero.

Hay ciertas personas cuyo placer está en agradar a otro. Te bastará, pues, saber lo que agrada o desagrade a ese otro. Lo llamarás "hermano mío" aunque sea inferior a ti, y serás el primero en prodigarle muestras de honor, a condición al menos de que sea de honorable, etc.

² Dominus. Patromus, Superior, este personaje omnipotente y caprichoso aparece sin cesar en el *Breviario*. Si detrás de él hay que ver indudablemente al Padrone romano, es también Rey, Ministro, Príncipe de la Iglesia o Príncipe temporal, tirano benéfico a quien su legitimidad de hecho tanto como de derecho, lo obliga a él también a la astucia y al disimulo.

No colmes a nadie de lo que le gusta hasta el hastío. Hay que sugerir más bien que dar y mantener así el deseo. Obra igualmente en el juego, en las conversaciones, etcetera.

No le pidas a un amigo que te preste cualquier cosa, porque si no se encuentra en condiciones de poner a tu disposición ese objeto del que hace creer a todo el mundo que le pertenece, te odiará. E incluso si consintiese a disgusto o recobrase el objeto en mal estado, te guardará rencor.

No compres nada a un amigo: si el precio es demasiado alto serás perjudicado, si no lo es lo bastante, el perjudicado será él.

Trata bien a sus sirvientes más humildes, porque si no te arruinarán poco a poco en el ánimo de tu amigo. Piensa en ello en los banquetes o cuando te invite a su casa. Finge tener fe en ellos y confíales unos pretendidos secretos de importancia. Manifiesta que el servicio de tu amigo te importa particularmente. Pero si te conduces con demasiada familiaridad con los sirvientes, te despreciarán y si te encolerizas con ellos te odiarán. Trátalos con dulzura y distancia, y así te respetarán.³

Con las personas de buena cuna sé benévolo, afectuoso, amable; rechaza las muestras de humildad, signos de una sumisión excesiva, como la de besarte los pies. Pero excluidos del número los avaros, tienen un temperamento servil.

Si buscas el favor de los individuos del pueblo, promételes unas ventajas materiales a cada uno per-

³ No hay que ver en las palabras de Mazarino la expresión de un prejuicio respecto de los servidores o de la gente del pueblo. El mismo pertenece a esos servidores -el término designa tanto al último de los secretarios como al Primer ministro-, a esos hombres de nacimiento humilde que, por la fuerza de las cosas, deben preferir el poder verdadero, aunque fuese oculto, a unos honores cuya legitimidad se les discutirá siempre.

sonalmente. Porque esto es lo que los interesa y no el honor o la gloria.

Si se te invita a la mesa de un inferior, acepta; no hagas ninguna crítica y condúctete con una cortesía exquisita con cada cual, pero conserva tu gravedad sin dejar de mostrarte natural en tus palabras.

Evita apropiarte de cualquier cosa quienquiera que sea su dueño sin el acuerdo de éste.

Sé compasivo con los humildes, reconfórtalos y comparte tus bienes entre sus diferentes partidos.

Si tienes que hacerles críticas, no tomes como blanco ni su sensatez ni su competencia. Alaba sus planes, la excelencia de sus objetivos, etc., pero señáales las dificultades que los aguardan, el costo de la empresa, etcétera.

Sé siempre el defensor de las franquicias populares.

Observa al amigo de quien quieres obtener su favor: ¿tiene una pasión, las armas, la ciencia, la clemencia, la verdad?

Únicamente intercede de manera excepcional por alguien, porque todo lo que obtengas para otro es como si lo hubieras pedido para tí mismo: conserva intacto para tu uso el favor del Príncipe.

No divulgues los secretos que alguien te haya confiado, porque perderás su estimación. Si se te ordena cometer un crimen, gana tiempo y busca un pretexto para zafarte: finge una enfermedad, pretende que te han robado tus caballos, etcétera.

Trata como amigos a los servidores de aquél cuya amistad buscas. Después cómpralos si necesitas que traicionen a su amo.

Cualquiera que sea la manera con que hayas obtenido el favor de alguien, lo conservarás de la misma manera. Si hubiera sido prestando una cantidad de

Cada vez que aparezcas en público, lo cual debe ser con la menor frecuencia posible, condúctete de manera irreprochable, porque un solo error ha arruinado a menudo una reputación de manera definitiva.

No lleses jamás varios asuntos a la vez, porque no hay motivo de vanagloria en multiplicar las empresas; basta con triunfar en una notoriamente. Hablo por experiencia.

Conviene siempre poner la confianza en los impulsivos, en los poderosos y en los parientes, pues es ésta una confianza bien colocada.

Finge la humildad, la ingenuidad, la familiaridad, el buen humor. Cumplimenta, agradece, muéstrate disponible, incluso con aquellos que no han hecho nada para esto.

En tus comienzos no escatimes ni tu reflexión ni tus esfuerzos y no acometas nada sin estar seguro del éxito: "*Qualiter prima taliter omnia*," Pero una vez que tu fama está bien establecida, hasta tus errores contribuirán a tu gloria.

Si te acapara un asunto que incumba a tu cargo, rechaza en absoluto toda otra empresa que distraería parte de tu atención. Porque, puedes estar seguro, a la más pequeña falla en los deberes de tu cargo, se te hará la advertencia y, no obstante la amplitud y la importancia de lo que hayas realizado, no obstante los tantos cuidados que te hayan abrumado, se atribuirá la falta a esa ocupación suplementaria.

Cuando acometas una empresa, no tomes asociado que, en ese asunto, sea más competente y más experimentado que tú. Si tienes que visitar a alguien, no vayas con quien se encuentre en mejores relaciones con aquél que tú mismo.

Si debes abandonar un cargo, evita que los que te sucedan sean hombres demasiado visiblemente superiores a ti.

Confía a la escritura los episodios gloriosos de tu casa, sin preocuparte de los envidiosos que te critiquen en el momento. Porque los escritos, ya sean verídicos o complacientes, tendrán para los lectores del futuro toda la apariencia de la verdad, mientras que las palabras mueren con quienes las pronuncian, o incluso antes.

He aquí cómo hacerte una reputación de sabio. Recopila en un solo volumen todos los conocimientos históricos posibles y, cada mes, lee y relees el libro en tus momentos de ocio. Así tendrás en la cabeza una visión global de la historia universal y en caso de necesidad podrás valerte de tus conocimientos.

Ten preparada por adelantado una serie de fórmulas para responder, saludar, tomar la palabra y de una manera general hacer frente a los imprevistos que se te presenten.

Algunos se rebajan en exceso para engrandecerse, con el fin, por ejemplo, de no parecer que deben sus distinciones más que a la fortuna y no al esfuerzo, a su genio y no a sus trabajos. Se empeñan en depreciarse, en envilecerse y llegan incluso con frecuencia hasta hacerse pasar por débiles e indecisos. No aceptes este comportamiento sino de la parte de hombres que han entrado en la religión.

Conserva siempre fuerzas en reserva para que no se puedan calcular los límites de tu poder.

Cuando puedas utilizar a criados para obrar, intervenir o castigar, no lo hagas tú mismo; resérvate para mayores empresas.

No te comprometas en discusiones en las que se enfrenten opiniones distintas, excepto si estás seguro de tener razón y de poder probarlo.

Si das una fiesta, invita a tus servidores, porque la plebe es parlanchina y esas gentes hacen y deshacen las reputaciones. Hay que deslumbrarlos para que no vayan a huronear por todas partes. Por la misma razón trata con cordialidad al peluquero ya la cortesana.

■ Administrar el tiempo consagrado a los negocios

Descarga en los demás los asuntos de menor importancia según un estricto reparto que no deberás en manera alguna transgredir. Si un asunto es de poca importancia, no le concedas mucho tiempo. No tomes nunca más que el tiempo necesario para ordenar correctamente las cosas.

Si estás cansado de un asunto, no insistas y reanímate con alguna diversión honesta, haz ejercicio. Más tarde lo solucionarás al mismo tiempo que muchos otros, rápidamente y sin trabajo. O al menos pasa a otro asunto que pueda resolverse fácilmente.

Fracciona en varias partes los asuntos que exijan varios días de trabajo y solúcialos uno por uno. Deja los asuntos que, sin proporcionar gloria ni dinero, impongan muchos esfuerzos.

No te comprometas, por agradar a alguien, en asuntos que no te sirvan de nada y te tomen mucho tiempo.

No trates jamás personalmente con los artesanos, no te ocupes ni de economía, ni de jardines, ni de construcciones, porque todo esto exige un trabajo considerable e irías de preocupación en preocupación.

■ Adquirir gravedad

Que tus ocupaciones sean conformes con tu estado. Si eres prelado no te mezcles en cuestiones de guerra, si eres noble, de quiromancia, si eres religioso, de medicina, si eres clérigo, no te batas en duelo.

No hagas fácilmente promesas, no des fácilmente permisos. Sé difícil en desfruncir el ceño, lento en dar tu opinión. Pero una vez que la has dado, no la cambies.

No mires de hito en hito a tu interlocutor, no muevas la nariz, no la frunzas tampoco y evita ofrecer un semblante huraño. Raro de gestos, mantén la cabeza derecha y la palabra sentenciosa. Camina con pasos medidos y conserva una actitud decorosa.

No confieses a nadie tus inclinaciones, tus repugnancias, tus timideces. No trates jamás personalmente los asuntos mediocres. Deja que tus servidores los arreglen y no hables de ellos.

Que nadie asista a tus hábitos y necesidades como levantarte de la cama y vestirte, o acostarte ni a tus comidas.

Tendrás pocos amigos, y los verás rara vez por temor a que, de lo contrario, pierdan el sentido del respeto que te deben. Elige siempre el lugar de vuestras entrevistas.

Evita todo cambio brusco en tus costumbres, incluso si es para mejorarlas. Haz lo mismo en lo que concierne al lujo de tus vestidos o al fausto de tu tren de vida.

Practica la censura y la alabanza sin exageración excesiva, pero adecúa tu juicio a su objeto; de lo contrario caerías en una gravedad también exagerada o excesiva.

No expreses sino excepcionalmente unos sentimientos demasiado expresivos, como la alegría, el asombro, etc. Incluso en la intimidad con amigos, da muestras de piedad; de la misma manera, cuando te sientas en total confianza, no te quejes de nadie ni acuses a nadie.

No dictes ley, o lo menos posible. No te abandones fácilmente a la ira, porque si te apaciguas después tan fácilmente, te tendrán por hombre ligero. Si has de hablar en público, pronuncia un discurso preparado de antemano y previamente escrito.

■ Leer, escribir

Si tienes que escribir en un lugar frecuentado, coloca verticalmente delante de ti una hoja escrita, como si la copiaras. Que sea bien visible para todos. Pon sobre la mesa las hojas que has escrito realmente y cúbrealas, no dejando visible más que una sola línea de una hoja, sobre la cual habrás recopiado efectivamente algunas líneas, que todos los que pasen podrán leer. Esconde las hojas ya escritas bajo un libro, otra hoja, o bien colócalas detrás de la que has puesto verticalmente.

Si alguien te sorprende leyendo, vuelve al punto varias páginas del libro a la vez con el fin de que no se adivine cuál es el objeto de tu interés. Pero es preferible tener una pila de libros delante de ti con el fin de que quien te espía no sepa cuál estás leyendo. Si alguien llega de improviso mientras lees o escribes una carta, alguien a cuyos ojos esta actividad te haría sospechoso, inmediatamente, y como si ello tuviera que ver con el libro o la carta, le harás una pregunta en realidad sin relación con tu ocupación. Como si, por ejemplo, escribieras a alguien que te hubiera pedido dirigirlo, etc. Interroga entonces a ese testigo inesperado: "¿Cómo respondería a este caso que me someten? Se necesita prudencia y sabiduría" Puedes también preguntarle sobre las últimas noticias, con el fin, pretenderás, de hablar de ellas en tu carta. Obra según estos mismos principios, si estás haciendo cuentas o leyendo un libro.

Resígnate a escribir de tu puño y letra los documentos que quieres guardar secretos, a menos que utilices un lenguaje cifrado. Aunque en este caso necesitas utilizar un lenguaje legible e inteligible para todos, como los que propone Trittenheim en su *Polygraphia*.⁵ Es el

⁵ Johannes van Trittenheim (1462-1516), humanista y teólogo, se interesó

método más seguro si no quieres escribir por ti mismo esos documentos, porque un lenguaje cifrado que ofrece un texto ilegible provoca la sospecha y el documento será interceptado si lo haces escribir por otro. La única solución entonces es que lo cifres tú mismo.

■ Dar, hacer regalos

Da de manera generosa lo que visiblemente no te cueste nada, como, por ejemplo, unos privilegios que el beneficiario no podrá jamás usar.

Un pedagogo no debe quitarle jamás a su discípulo la esperanza de que podrá profundizar con él su conocimiento sobre una materia. Un padre, cuando hace regalos a su hijo, debe dejarle sentir que todavía no ha gozado de todos los efectos de su bondad, y que puede aún esperar más. El principio es el mismo en lo que se refiere a las relaciones entre amos y sirvientes. Si el amo le da a uno de ellos una hacienda, procurará que el servidor se mantenga dependiente de su buena voluntad: que tenga necesidad de él, por ejemplo, para el bosque, el agua o el molino.

Si un contrato o un documento ha de ligar a amo y criado, que se le agregue una cláusula estipulando que el documento es revocable a voluntad por el amo.

Si alguien es digno de una función pública y pretenda excusarse en el momento en que tú se la confieres, no aceptes su negativa, a menos que la haya manifestado públicamente. De lo contrario, creerían que tu favor no

también por las ciencias naturales lo cual le acarreó una reputación de brujo. En su *Polygraphia cum claue seu enucleatorio*, 1518, dedicada al emperador Maximiliano, trataba de los alfabetos secretos. Libro traducido al francés en 1561 con el título de *Polygraphie et universelle écriture cabalistique*.

es la recompensa de sus méritos. Pero para que no pueda esquivarse hazlo entrar en funciones el día mismo en que le entregues su cargo, y después sal de la ciudad inmediatamente. Así se verá obligado a escribirte para significarte su negativa, y mientras aguarda tu respuesta habrá comenzado a ejercer sus funciones.

Concederás unos favores que no te cuesten nada: harás por ejemplo remisión de penas debidas, o a guisa de regalo renunciarás a imponer un nuevo tributo que a ejemplo de un vecino estabas dispuesto a establecer no obstante su carácter injusto.

La gente que emplees no deberá gustar del lujo, ni de las armas, las joyas o los caballos, porque así podrás gratificarlos suntuosamente sin que le cueste demasiado a tu bolsa.

Ten maneras de dar que sean originales: como si por ejemplo para hacer el regalo de un arcabuz organizaras previamente un concurso de tiro y recompensaras con el arma al vencedor; ya sea que estés seguro de su victoria, o bien quieras remitirte a la suerte.

Si quieres asegurarte los servicios de alguien, no le hagas promesas, pues se recusará, porque prometer es una manera de no dar y de pagar a la gente con buenas palabras.

Quien se jacta en público de sus bienes, alienta a quines lo oyen a hacerle peticiones. No seas de éstos y evita la ostentación pública.

Procura no volver sobre las decisiones tomadas por tus predecesores, porque estaban en situación de prever cosas que a ti se te escapen. Evita también conceder privilegios perpetuos, porque el día en que tengas necesidad de gratificar con ellos a algún otro te será ya imposible.

Que no parezca que prodigas tus dones y, para que te queden agradecidos por ellos, evita hacer sentir su valor. Fíjate atentamente en quién está necesitado, de

qué carece y cuál es su situación. Si ayudas a alguien no se lo digas a los demás, pues le ofenderías y parecería que se lo reprochas y si, con todo, tienes la intención de hablar de ello, dirás que se trataba de una deuda, que no es ni un favor ni una muestra de agradecimiento. Pero si eres tú quien recibe un regalo, por pequeño que sea, cuida de mostrarte reconocido.

■ Solicitar

Cuida de que tus peticiones no arruinen a tu bienhechor, ni incluso exijan de él esfuerzos demasiado grandes. Es preferible indicar simplemente a tu amigo que estás necesitado. Lo que no obtengas así no lo hubieras obtenido tampoco con peticiones apremiantes. Pero adecúa tu agradecimiento a los dones que te haya hecho, con el fin de significar que sigues necesitando su ayuda. Si tienes que solicitar una cosa importante habla de otros asuntos y hazle comprender, a propósito de otra cosa, cuál es el objeto de tus deseos.

Aborda a los Grandes con prudencia, porque se imaginan fácilmente que se trata de dirigirlos; utiliza unos intermediarios y elige para ello a personas de buena cuna; por ejemplo, haz intervenir a un hijo cerca de su padre, si es que sus intereses no se oponen a los tuyos.

El mejor momento para presentar una solicitud es aquél en que la persona está de buen humor, un día de fiesta o después de una comida, a condición, sin embargo, de que no se encuentre dormitando. Procura no hacer una petición a un hombre arrastrado en un torbellino de asuntos o abrumado de cansancio. Cuídate también de pedir varias cosas a la vez. Si te ocupas de los intereses de alguien compórtate en público con él como con un extraño, sin que tengáis sino raras y breves

conversaciones, con el fin de que quede claro que obras por amor al bien público y no en vista de intereses particulares.

Acomoda tus maneras de obrar a la persona con quien estás tratando de negocios. Habla de ganancias y pérdidas a los avaros, de Dios y de su gloria a los devotos, y a los jóvenes de éxito y de abatimiento públicos.

No le pidas al superior ni título ni privilegio, que es siempre muy largo de obtener. Redacta tú mismo el documento y deslízasele en el momento oportuno para que lo firme.

No vayas a pedir a alguien un objeto raro y que sea para él precioso, sobre todo si no te es útil. Si se niega, pensará haberte herido y te guardará rencor, porque es humano aborrecer a quien se ha herido. Si te lo concede, te tratará con frialdad como a un solicitante poco delicado e impertinente.

Como siempre es humillante recibir una negativa, no pidas nada que no estés seguro de obtener. Por esto, también, es preferible no pedir nada directamente sino sugerir aquéllo de que tienes necesidad.

Cuando desees algo no lo dejes adivinar a nadie antes de haberlo obtenido; para ello debes manifestar que no tienes ninguna esperanza por ese lado y proclamar por doquier que además se lo han dado ya a otro. Incluso irás a felicitarlo.

Si te niegan una cosa, págale a alguien con el fin de que la pida para él y en seguida la obtendrás fácilmente.

Si alguien trata de obtener un honor que tú mismo pretendes, envíale un emisario secreto para disuadirlo en nombre de la amistad y exponerle las dificultades que tendrá que afrontar.

■ Aconsejar

Comienza por hablar de todo género de cosas, y llega después a los actos que quieres sancionar. Harás su caricatura y después los criticarás, pero introduciendo además unas circunstancias diferentes para que aquél a quien quieres aconsejar no se sienta directamente concernido. Arréglate para que te escuche de buen grado y sin enojarse, añade algunas bromas y si lo ves entristecerse pregúntale la causa. En fin, mezclándolos con otras consideraciones, habla de una manera general de los remedios posibles de una situación de aquel género.

Si alguien sabe que sospechas que tiene un vicio cualquiera, confíale en secreto un asunto en el que los riesgos para ti sean prácticamente nulos. Él, para lavarse de tus sospechas, pondrá todo su corazón en servirte. A esto se debe que, de vez en cuando, no sea malo hacer sentir a nuestros sirvientes que abrigamos algunas dudas respecto de ellos.

Los jóvenes jurídicamente mayores tienden a la murmuración y al libertinaje; los reproches que adopten la forma de censura no harán sino excitar sus malas inclinaciones. Por eso es preferible aguardar a que se arrepientan o se cansen de su mala conducta. Pero si logras volverlos al camino recto, no pases brutalmente del rigor a la bondad. Con los temperamentos fríos sé directo y brutal, y los impresionarás; con los caracteres fogosos obra, por el contrario, con suavidad y tacto.

■ No dejarse sorprender

No hay que dar demasiado crédito a los sabios, porque rebajan en exceso lo que ellos tienen de superior y

realzan ventajosamente la reputación de los demás. No te confesarán que alguien haya hablado mal de ti en su presencia. Tampoco te dirán de quién debes desconfiar ni cuáles son los vicios de éste o aquél. Lo mismo ocurre con los sacerdotes que hacen el elogio de sus penitentes, porque no pueden obrar de otro modo, o con los padres que hacen el elogio de sus hijos.

Si temes que en tu ausencia trate alguien de suscitar agitaciones o quejas contra ti, o cualquier cosa de este género, llévalo contigo con un pretexto amistoso cuando vayas al paseo, a la caza, o a la guerra. Tenlo a tu lado en la mesa, en las reuniones, etc. De la misma manera, si quieres evitar que las naciones vecinas se aprovechen de una de tus expediciones para declararte la guerra, lleva contigo a lo más granado de esas naciones como si se tratara de tus aliados más fieles, pero teniendo cuidado de hacerlos escoltar por una pequeña tropa armada en la que puedas poner toda tu confianza.

■ Conservarse en buena salud

Cuida en tu alimentación de no cometer ningún exceso ya sea en calidad o en cantidad, y obra igualmente con tus vestidos en lo que respecta al calor y al frío. Evita también trabajar o dormir demasiado. Tu habitación debe estar bien aireada, pero no debe ser demasiado alta de techo. La ingestión y la deyección, fuentes de enfermedad, el movimiento y el reposo deberán mantenerse moderados, y las pasiones refrenadas. No habites cerca de un pantano ni sobre todo de un curso de agua. Las ventanas de tu habitación habrán de estar orientadas al noreste más que al noroeste. No pases más de dos horas ocupado de un asunto serio, e interrúmpelo de cuando en cuando para relajar el espíritu. Toma

un alimento sencillo de procurarse y que se encuentre fácilmente en todas las regiones. Usa moderadamente de Venus, cualquiera que sea tu estado, y esto siguiendo las exigencias de tu temperamento personal.

■ Evitar el odio

Niégate a servir de testigo en un proceso porque te enojarías con una u otra parte. No hables, no des información sobre un hombre que no sea de buena cuna o incluso de baja extracción. Si lanzas una puya en una conversación, sigue hablando como si tal cosa. No manifiestes a nadie favor particular en presencia de otros, porque si no juzgarán que los desprecias y te aborrecerán.

Evita un ascenso demasiado rápido y demasiado brillante; las miradas deben habituarse a una luz más viva, de lo contrario, deslumbrados, se cierran. No te opongas a lo que gusta al pueblo, ya sean vicios o simplemente tradiciones. Si tienes que reconocerte como autor de algún hecho odioso, no te expongas en el momento a la animadversión que suscite ni dejes creer por tu conducta que no lo sientes en absoluto o incluso que estás orgulloso de lo que has hecho, burlándote de tus víctimas. No harías más que aumentar el odio. Lo mejor es ausentarte dejando pasar el tiempo sin dejarse ver.

No introduces innovaciones extravagantes en tu indumentaria o en el fausto de tus fiestas.

Si dictas leyes, que sean las mismas para todos, haz confianza en la virtud. Da cuenta de tus actos para agradar al pueblo, pero sólo después de haber obrado, para evitar que encuentres objeciones.

Ten por regla general -se trata de un principio

fundamental- no abandonarte jamás a hablar desconsideradamente, tanto en mal como en bien, de cualquier cosa, ni a referir los hechos de nadie, sean buenos o malos. Porque puede ocurrir que esté presente un amigo de aquél de quien hablas y le repita tus palabras agravándolas; a causa de ello aquel hombre se sentirá herido. Si, por el contrario, es enemigo de aquel a quien elogias, te atraerás su enemistad. Si bien es cierto que importa saberlo todo, oírlo todo y tener espías por doquier, hazlo con prudencia, porque es ofensivo para cualquiera saberse espiado. Debes, pues, espiar sin dejarte ver.

Hay que evitar dar pruebas, por decirlo así, de demasiada nobleza. Porque algunos verán en ello desprecio si dices, por ejemplo, que no le pides nada a nadie, que tienes todos los soldados que quieres, etcetera.

Es preferible no pretender que seguirás una política mejor que tus predecesores, que tus leyes serán más rigurosas, pues te enajenarás sus amigos. Incluso si son justos no anuncies tus proyectos políticos o al menos no hables más que de aquellos de los que sabes de antemano que serán bien acogidos

He aquí cómo obrar con tus servidores: no des a otros lo que era el privilegio de algunos y que no parezca que compartes tu autoridad con uno de ellos sobre todo si los demás lo detestan. No distingas a ninguno con recompensas particulares a menos que todos reconozcan su virtud, lo cual será entonces una causa de emulación para todos.

Si has de ejercer alguna severidad con tus sirvientes, encomiéndaselo a otros haciendo como si no fueras tu quien dabas las órdenes. Así, en el caso en que algunos acudieran a quejarse a ti, podrás disminuir su castigo y hacer que recaiga toda la responsabilidad sobre aquellos que hayan tenido la iniciativa de tanta severidad. Por

ejemplo, en caso de relajamiento de la disciplina en los ejércitos, confía a los oficiales el cuidado de restablecer el orden prescribiéndoles que impongan a los soldados unas tareas penosas sin fijar límite a sus rigores. Para redimirse a tus ojos emplearan una severidad excesiva dándote así ocasión de ejercer tu benevolencia respecto de los soldados que recurran a ti.

A todos aquellos que por sus proezas merezcan una gloria plena y entera, déjalos vanagloriarse solos sin reivindicar tu parte. La gloria recaerá en ti con más fuerza ya que se le añadirá la de haber estado por encima de la envidia.

Tus éxitos y logros atribúyelos a cualquier otro, por ejemplo a un hombre de bien que te haya ayudado con su previsión y sus consejos. Que el éxito no te vuelva orgulloso. Conserva la misma manera de hablar, las mismas costumbres de mesa, los mismos vestidos. Y si has de cambiar algo en estos aspectos, que sea por una razón bien precisa.

Si tienes que castigar a alguien, indúcelo a que él mismo se reconozca culpable, o bien hazlo juzgar por otro a quien habrás recomendado en secreto que pronuncie una sentencia severa, sentencia que tú podrás después suavizar.

No ultrajes la derrota de tu adversario, no provoques a tu rival y conténtate cuando seas vencedor con la realidad de tu victoria sin celebrarla con palabras o gestos.

Si proyectas pronunciar una sentencia capital, recurre a una formulación ambigua. Por ejemplo, habla gravemente en favor del punto de vista que puedes defender y después simula decidir en favor del punto de vista adverso. O bien reserva tus conclusiones.

Si se te pide que intercedas por alguien en un asunto, acepta, pero al mismo tiempo muestra que este asunto no depende de ti, que careces de poder sobre la

resolución final que, muy bien, podría ser opuesta a tus deseos.

Si tienes que vengarte, utiliza a un tercero u obra en secreto. Obliga al ofendido a perdonar al ofensor, permitiéndole a este último huir rápidamente y en secreto.

Si unos parientes tuyos tienen un proceso, no tomes el partido ni de los unos ni de los otros y con el pretexto de que tus asuntos te acaparan, excúsate ante las dos partes. Así ninguna pensará que la has traicionado, puesto que a ninguna le habrás dado la preferencia.

Que no se puedan imaginar que has participado con tus superiores en la elaboración de nuevas leyes, sobre todo si estas leyes son impopulares. Evita mostrarte a menudo con aquél que detenta el poder, cuéntale sin hacerte de rogar las anécdotas sin importancia y no te ufanes con nadie de su amistad.

Si se comprueba tu influencia sobre los Grandes se te hará responsable de sus malas acciones. Por lo tanto, procura que tu superior oiga tus consejos, y escuche tus intervenciones, pero no procedas sino en su ausencia a grandes cambios políticos. Esta precaución es particularmente para los confesores de los Príncipes.

Si alguien hace el elogio de tu familia y de tus antepasados, cambia el tema de la conversación. Se advertirá tu modestia, y no será opacada tu gloria por la envidia. Si por el contrario te muestras halagado suscitarás el odio.

No te hagas el defensor de acciones demagógicas.

Si se te destituye de una función, expresa tu satisfacción y tu agradecimiento hacía aquel que te ha devuelto una tranquilidad que tú habías reclamado. Busca los argumentos que convengan mejor a tus oyentes. Así nadie festejará tu caída.

No trates de saber abiertamente si alguien te ha combatido, ni quién lo ha sostenido en su lucha contra ti.

De tu enemigo no hables jamás; pero será de primordial importancia que conozcas todos sus secretos. No te entrevistes en público con las personas odiadas por todos y no seas su consejero.

Que no se sepa que estabas presente en un consejo donde se han tomado, según se cree, decisiones de un rigor excesivo; incluso si es contra gente sin importancia; podría creerse que tú fuiste en mayor o menor medida su iniciador.

No rehabilitarás ni criticarás los actos de nadie y evitarás examinar con demasiada atención la manera en que los demás cumplen sus funciones. No vayas sin haber sido invitado a las haciendas, las oficinas, las cuadras, y en general a los lugares donde podría creerse que estás espionando.

Si indagas sobre un superior con sirvientes y pajes, toma grandes precauciones.

Procura que tu conducta, tus gestos, tu continente, tus bromas, lo que dices y la manera de decirlo, tus risas y tus entusiasmos no hieran a nadie ni produzcan suspicacias.

Cualesquiera que sean tus ocupaciones, si de improviso llega alguien, acógelo amablemente y hazle sentir que es bienvenido. Pero que te excuse por aquel día y vuelva otra vez. Si quieres vivir en paz habrás de renunciar a no pocas comodidades.

Siempre que oigas contar delante de ti algunas cosas falsas, deja hablar sin interrumpir; es inútil demostrar que tú estás mejor informado. No recibas jamás a nadie con una broma o una ocurrencia ingeniosa; podría considerarlo como una falta de consideración o una forma de burla. Si alguien ha sufrido un fracaso no te burles de él, por el contrario encuéntrale excusas, hazle hablar, trata de ayudarlo.

No utilices tus prerrogativas de juez para dar órdenes a personas que son gente libre y no tus vasallos.

■ Arrancar secretos

No desdeñes platicar con hombres de baja extracción; tal muestra de benevolencia los seducirá y si además les das un poco de oro te dirán todo lo que quieras. Obra lo mismo con los pajes, pero sabiendo que te expones mucho. Debes recomendar a los sirvientes que traicionan a su señor que desconfíen los unos de los otros; pero respeta escrupulosamente tus compromisos con respecto a ellos para que tengan confianza en ti. Y no utilices inmediatamente las informaciones que ellos te hayan dado.

■ Conocer las intenciones que se esconden detrás de las palabras

Ante todo, escucha las razones alegadas por quien defiende una causa, y mira si son buenas. Considera después cómo obra aquel hombre ordinariamente y, por lo tanto, si hay lugar en este caso particular de sospechar de él. Así, uno que se pusiera a hablar con ardor cuando jamás se acalora por nada, no expresa su opinión personal. O también un hombre que cambiara brutalmente de opinión y pusiera tanto fuego en defender ahora lo que atacaba un momento antes, visiblemente ha sido comprado. Si una vez convencido de su error, se mantiene en sus posiciones, es que no obra por las razones que pretende.

Igualmente si su discurso inflamado se apoya en argumentos sutiles y demasiado elaborados, en sofismas contrarios a su carácter, o en razones que no lo son. Ocurre también que nuestro hombre para defender el mismo

punto de vista utilice unos argumentos contradictorios al comienzo y al término de su demostración. Porque lo que decimos sin pensarlo lo olvidamos al punto.

Envíale, pues, a alguien que se haga amigo suyo y lo interrogue bajo el sello del secreto; entonces le confesará una verdad completamente distinta.

■ Evitar las ofensas

Si te has mostrado reticente o incluso descortés con alguien que te pedía un servicio, no vayas a concedérselo fácilmente a otro que sea inferior suyo o quizá su igual. Porque perderías su confianza y suscitarías su odio.

No te muestres de pronto más severo para con aquellos que dependen de ti sin mostrarte al mismo tiempo más generoso. Al aumentar penas y recompensas mezclarás el amor y el temor.

Si introduces alguna innovación que pueda inspirar desconfianza a los demás e incluso al Príncipe, arréglatelas para tener imitadores. Así, no serás el único en suscitar envidias que por ello serán menos profundas.

Si te creen ser origen de decisiones impopulares, gratifica abiertamente al pueblo con algunos beneficios, como una remisión de impuestos, la gracia de un condenado, etc. Y sobre todo muéstrate afable con aquellos a quienes ama la multitud.

Si premeditas alguna política nueva, habla previamente y en secreto con un teólogo, etc., y ponle de tu parte con el fin de que sea él quien te haga la sugestión públicamente, te aliente e incluso te fuerce.

Si tienes la intención de promover leyes nuevas, muéstrales su imperiosa necesidad a unos hombres de saber y buen juicio y prepara con ellos el proyecto. O haz

simplemente correr el rumor de que los has consultado y escuchado. Después, sin tener en cuenta sus consejos, toma las decisiones que te convengan.

No procures jamás a nadie una esposa, una sirvienta, etc. No intentes jamás tampoco persuadir a quienquiera que sea de cambiar de género de vida.

No seas jamás ejecutor testamentario.

Si te sucede estar presente cuando alguien se dirige a sus sirvientes y les da órdenes, permanece allí pero sin intervenir ya sea aprobándolo ni contradiciéndolo.

Cuando llegues a un nuevo país no te abandones al error común que consiste en hablar sin cesar bien de las personas y de las costumbres del país que has dejado.

Incluso si en tu fuero interno fueses de una opinión contraria, sigue el partido de la indulgencia en los asuntos de conciencia como en todo otro; pero predica el rigor sabiamente.

No pretendas jamás en presencia de otro tener influencia sobre tus superiores, no te jactes de su favor. No te abandones tampoco a la confidencia diciendo lo que piensas de uno u otro.

Cualesquiera que sean tus funciones podrás ganarte siempre la simpatía de un superior si le haces otorgar mercedes. Con tus inferiores opta siempre por mostrar cierta indulgencia, al menos aparentemente, más que alardear de excesivo rigor.

Si te enteras de que un pretendido amigo ha hablado mal de ti, no se lo reproches; te harías un enemigo de alguien que en el peor de los casos no era hasta entonces sino un indiferente.

No trates de saber todos los secretos de los Grandes, porque en caso de huida se sospecharía de ti.

Si alguien te visita con el solo objeto de serte grato, para felicitarte, transmitirte saludos, etc., rivaliza con él en amabilidad y al llegar la ocasión, devuélvele la cortesía con toda cautela.

Si alguien no cumple sus promesas, no se lo reproches, pues no ganarías con ello más que su odio.

Deja que te gane en el juego tu superior, en la medida de lo posible, es decir cuando únicamente el honor está en juego y no el dinero. A un hombre verdaderamente fuerte nadie lo vence excepto su superior.

Cualquiera que sea la intimidad que tengas con tu superior, no abandones jamás el respeto y la sumisión que le son debidos; de lo contrario, pensará que esa intimidad te ha hecho perder el sentido de tu deber.

No te alabes de haber influido con tus consejos en la decisión de alguien. La próxima vez te resistirá mejor. No celebres el fracaso de quien no ha seguido tus consejos, y deja que los hechos testifiquen a tu favor.

No te alabes de tus recursos, de tu fuerza, de tu imaginación, de tu habilidad manual, de tu rapidez en la carrera.

Si has sido admitido a los favores de los Grandes, a sus consejos, a sus ministerios, no reveles sus secretos, no trates de adivinar sus proyectos. Oculta lo que sabes y finge la ignorancia. Si has sufrido alguna injusticia de otro cualquiera más poderoso que tú, no te quejes e incluso ignora la ofensa, porque el defensor odia a su víctima.

Celebra los dones que recibas, incluso los más pequeños, como si se tratara de regalos extraordinarios si es tu superior quien te los ha hecho y responde con manifestaciones de afecto y adhesión.

Rechaza de todo corazón las muestras de honor y procura recibir las menos posibles; comunican mucho esplendor pero no sirven de nada.

■ Incitar a la acción

He aquí cómo proceder. Toma sobre ti los sinsabores de la empresa y promete recompensas. Como haría un general antes de la batalla prometiendo unas coronas a quienes fuesen heridos a la vez que se compromete a proteger la impedimenta; enviará inmediatamente un contingente de soldados sólidos para defender el campo. Y así irá el ejército a batirse con el alma en paz.

■ Adquirir sabiduría

Permanece silencioso la mayor parte del tiempo, escucha los consejos de otro y medítalos largamente. No te dejes llevar por los sentimientos. No sobreestimes tus palabras o tus actos. No te encargues de asuntos que no tengan para ti ninguna utilidad presente o futura y no intervengas en los asuntos ajenos.

Celebra por escrito las proezas de los demás, a reserva de erigirles unos monumentos; su gloria recaerá sobre ti y tú ganarás su simpatía sin exponerte a su envidia.

Evita ceder a la cólera o al deseo de venganza. Escucha con interés los relatos sobre las virtudes de otros y reserva tu admiración para lo que es realmente extraordinario. Da rara vez consejos. No obres jamás por espíftitu de competición. Evita los procesos incluso si en ocasiones tuvieras que sufrir por ello algún perjuicio. No muestres a nadie los objetos preciosos que posees por temor a que nazca en ellos el deseo de pedírtelos. Si alguien te incita a una empresa procura que él tome su parte en los peligros.

Si has de hacer una recomendación, presentar una demanda o si debes comprometerte en una empresa nueva, busca precedentes en los libros de historia con el fin de inspirarte.

Consulta con frecuencia las obras de los retóricos, que conocen los medios de suscitar el odio, volverlo contra su autor, o disminuirlo, de defenderse o de acusar. Hay que ser capaz de provocar la ambigüedad y que tus palabras puedan interpretarse tanto en un sentido como en otro sin que nadie pueda decidir. Porque a veces la necesidad nos obliga a usar de ella como fue el caso de Aristóteles, según Gregorio Nacianceno, cuando consignó su pensamiento por escrito.⁶

He aquí cómo proceder en los libros, las cartas o los consejos cuando se corre el peligro de desagradar. Hay que utilizar la forma del debate desarrollando sucesivamente los argumentos que van en uno u otro sentido sin decir cuál es la propia opinión o aquella que se quiere hacer que prevalezca. Emplea la fórmula del deseo, la anfibología, la invocación o cualquier otra figura de retórica.

Acepta los reproches incluso injustificados, no busques excusa a tu conducta, porque de lo contrario, ya no querrá nadie volverte a dar consejos. Muestra más bien hasta qué punto te ha afectado tu error. En cuanto a los reproches sin fundamento, no los contestes, e incluso ocasionalmente podrías reconocerte algunas culpas.

Ejercítate en la capacidad para defender siempre una causa y la causa contraria; para esto lee los tratados de retórica y los alegatos publicados.

Si eres plenipotenciario y negocias con el enemigo, acepta sus regalos pero prevé al Príncipe para que no te

⁶ San Gregorio Nacianceno (330-390), doctor de la Iglesia griega, teólogo y poeta.

haga sospechoso de traición. Obra igualmente en otras circunstancias semejantes.

No envíes como embajador a un hombre que sea adversario tuyo y medite tomar el poder, pues obraría contra tus intereses.

Equilibra los caracteres de tus consejeros, porque es raro encontrar uno de un carácter naturalmente equilibrado. Elige uno flemático y uno apasionado, uno apacible y otro agresivo, etc. Así obtendrás el mejor consejo posible.

Mira siempre de qué lado se inclina la fortuna, o de qué lado hay el peligro de que decaiga.

Ten de tu parte a los servidores del Príncipe, toma en cuenta a los grandes como a los pequeños.

Cada día, o determinados días fijados de antemano, consagra un momento a reflexionar sobre la que debería ser tu reacción frente a tal o cual suceso probable.

Lleva un diario en el que anotes los hechos de tus amigos y servidores. Conságrale a cada uno una página que dividirás en cuatro columnas. En la primera anota los daños que te ha causado faltando a sus deberes. En la segunda el bien que tú le has hecho y el trabajo que te has tomado por él. En la tercera inscribe lo que él ha hecho por ti. En la cuarta las molestias que le has causado, y el trabajo excepcional que se ha tomado por ti. Así podrás responder inmediatamente a cada uno de los que vengan a quejarse a ti o a hacer valer sus servicios. Pon en práctica estas reglas también para tus entrevistas cotidianas.

Justas o injustas, acepta las reprimendas de tu superior, excúsalo siempre en presencia de otro y habla bien de él. En la medida de lo posible, no hagas ninguna promesa escrita, sobre todo a una mujer.

Evita apegarte a lo que te atrae y seduce y si, no obstante, haya esto de ocurrirte, multiplica las precauciones.

Incluso si tu situación es sólida, nunca es malo afianzarla tanto como se pueda. Al término de una empresa que hayas sacado adelante, reflexiona como si se tratara de la empresa de cualquier otro, considera en qué circunstancias te has dejado sorprender, qué ocasiones has desperdiciado, etcétera.

■ Obrar con prudencia

Existen dos formas de prudencia, la primera consiste en saber calcular nuestra confianza; incluso cuando te encuentres con unos amigos en un lugar protegido, mantente circunspecto en tus confidencias, porque hay pocas amistades que no nos decepcionen un día.

La otra forma de prudencia se confunde con cierto decoro que nos reprime de decir espontáneamente a cada uno su verdad mostrándole sus errores para que corrija su conducta. Esta actitud que no está muy lejos de la hipocresía es muy útil y además sin peligro o casi sin él.

No te abandones jamás a confiar unos secretos, porque no hay nadie que con el tiempo no pueda convertirse en enemigo tuyo. No hagas nada bajo la influencia de la euforia, pues cometerías errores o caerías en lazos.

No cuentes jamás con la gente para dar una interpretación favorable a tus actos. No hay una sola persona en el mundo que sea capaz de ello.

No pongas nada en una carta que pueda ser leído por un tercero; en cambio, puedes hacer en ella el elogio de alguien en cuyas manos corra el peligro de caer tu carta. Si compruebas que alguien trata de arrancarte una información fingiendo encontrarse ya al corriente de lo que quiere saber, no lo corrigas cuando se equivoque.

Disimula o excusa los vicios ajenos, oculta tus sentimientos o finge unos contrarios. En la amistad piensa en el odio, en la dicha en la adversidad.

Cuando seas vencedor no devuelvas al enemigo los prisioneros de alta categoría; si la suerte cambia, el enemigo tendrá así buenas razones para tratarte con indulgencia. Además conserva siempre contactos diplomáticos con los generales enemigos excepto en caso de necesidad apremiante.

No emprendas nada abiertamente de lo que no podrías dar cuenta en forma expedita, porque la gente te condenaría sin aguardar tus explicaciones. Vivimos en un mundo en el que se condenan las virtudes mejor establecidas, *a fortiori* las virtudes más dudosas.

Si unos familiares, o unos inferiores solicitan algo de ti, haz lo poner por escrito el objeto de su demanda con el pretexto de examinar mejor su situación. Pero no contestes sino verbalmente.

Si estás empeñado en unas discusiones peligrosas en las que corres el riesgo de ser cogido en tus propias redes, anuncia previamente que todo lo que dices no es más que broma. Contradice de cuando en cuando a tus interlocutores para ver sus reacciones y el resto del tiempo opina en su sentido. De esta manera si cometes alguna imprudencia podrás justificarte recordando que ya los habías prevenido, que no hablabas en serio.

Si eres gran aficionado al juego,⁷ a la caza, al amor, o si tienes alguna otra pasión devoradora, renuncia a ella definitivamente, porque estas pasiones te harían cometer numerosas imprudencias.

Con los niños, los ancianos, la gente zafia, con todos aquellos que tienen una mala memoria y sobre todo con

⁷ Tal era el caso del propio Mazarino. que había sido en su juventud un jugador inveterado.

los tiranos, obra siempre en presencia de testigos y pide que las misiones que se te confíen sean consignadas por escrito.

No des consejos a los hombres impetuosos y violentos, pues no juzgan sino los resultados.

Quando puedes ser observado, habla muy poco; te arriesgarás así menos a los errores que si te abandonas a los raudales de palabras.

Observa los vicios y las virtudes de cada cual; así podrás en caso de necesidad emplear los unos o las otras para dirigir a alguien. Con ello tendrás un buen arsenal a tu disposición.

Es preciso que las ventanas se abran al interior y que los marcos en que están colocados los vidrios estén pintados de negro con el fin de que no se pueda ver si las ventanas están abiertas o cerradas.

■ Desembarazarse de un huésped indeseable

Ponte de acuerdo con un familiar para que a una señal determinada tuya acuda a avisarte hablándote al oído como si unos asuntos importantes te llamaran a otra parte de manera urgente. O bien será un secretario que te llevará una carta, y te anunciará una catástrofe, o unos desórdenes entre tus vasallos. Se supondrá que el médico te ha prohibido beber, hablar, etcétera.

Manda que te traigan un caballo ensillado como si estuvieras a punto de partir.

Haz dar avena a los caballos de ese huésped indeseable en la cual se habrá colocado durante cierto tiempo una piel de lobo. Resérvale una cuadra en la que haya sido enterrado el cadáver de un lobo. Hazle preparar una habitación en la que la cama habrá sido dispuesta bajo

una ventana abierta por la que haya entrado la lluvia. Obstruye la chimenea para que despida humo en cuanto se encienda fuego en ella.

■ De la conversación

Entérate de a qué tipo de oradores perteneces. Algunos son muy malos al comienzo de sus discursos y después van mejorando progresivamente; su sensatez no se muestra inmediatamente como si estuviera aguardando en el vestíbulo. Otros por el contrario son inmediatamente discretos y persuasivos, pero si su discurso se prolonga un poco se vuelven malos, emitiendo juicios a tontas y a locas y perdiendo el hilo de sus frases. Por, lo tanto, adapta tus pláticas a tu temperamento. Si perteneces al primer grupo no multipliques las ocurrencias pero prolóngalas. Si es al segundo, multiplícalas por el contrario abreviándolas en cuanto tengas la sensación de haber causado una impresión buena.

Espacia tus visitas, y así tendrán mayor valor. Prepara lo que haya de ser el tema de vuestra conversación en función de las tendencias de tu interlocutor: con el uno serán las utopías, con el otro el arte militar, con otro más la poesía, y haz creer a cada uno que participas de los mismos entusiasmos.

No concedas entrevistas cuando tengas el ánimo ocupado en otra parte; te faltaría la atención.

Muéstrate grave con los melancólicos, bilioso con los cólericos y paciente cuando se trate de un superior. No intentes adoptar un aire grave con un sabio o un especialista del asunto que tratas, y no acumules los

argumentos técnicos, cosa que debes hacer por el contrario con un profano.

Cuídate de las circunstancias, considera si te son favorables o no. Con aquellos a quienes su adscripción a un partido les hace poderosos o con quienes están bien situados en la corte, emplea todos los medios por hacértelos amigos.

Disponte en toda ocasión a hacer frente a cualquier situación. Por ejemplo, imaginando de antemano cómo responder serenamente a una burla inventando tú mismo, alguna pulla que se te podría lanzar. Puedes estar convencido de que exteriormente serás tal como te hayas modelado interiormente.

Si tienes que hablar de un tercero no menciones ni su nombre ni tampoco lugar alguno, fecha o circunstancia que permitiera identificarlo a alguien que sorprendiera tu conversación. En cuanto a las historias ciertas pero difíciles de creer y que se tendrían por una novela si las contaras, no te pongas a repetirlas ni aunque se trate de acontecimientos auténticos. Sé respetuoso con todo el mundo y sobre todo con tus superiores.

Muéstrate sincero en la medida en que tus propias palabras no te perjudiquen y hasta contribuyan a tu reputación. Por ejemplo, puedes celebrar unas virtudes bien establecidas, etcétera.

Sé muy prudente con quienes te ofrezcan dinero para cometer un crimen, pues se volverán después contra ti.

Evita a los locos y a los desesperados, su trato es peligroso.

Con los Príncipes sé avaro de palabras: prefieren ser escuchados a escuchar. Con ellos hazte el filósofo más que el orador, y aunque se muestren familiares contigo, permanece respetuoso.

De la precedencia a los ancianos, sigue sus consejos, rodéalos de honor y de veneración, porque se vuelven

unos soldados vigorosos, es preciso, antes, crear un impuesto sobre los juegos, o sobre un vicio del mismo género, para equilibrar el gasto comprometido.

En cuanto a los objetos utilitarios que se estropean con el uso o se rompen, no los tengas en tu casa valiosos; bastará que estén de acuerdo con tu condición. No compres tampoco esos jarrones de plata cuyo valor entero sólo depende del trabajo del artista; porque el día en que te encuentres necesitado verás que ha sido una mala inversión.

He aquí cómo descubrir los fraudes de tu intendente. Una vez que te haya rendido cuentas, haz como si lo hubieras olvidado todo y pídele unas horas más tarde que te repita de memoria lo que te leyó. Si lo que te dice entonces no coincide con lo que te dijo antes, es que te ha defraudado.

■ Obtener y discernir honores

Prueba en primer lugar que es absolutamente indispensable conferir tal función, dando precisiones tales que te designen implícitamente para ese honor. Después comenzarás por rechazarlo pretendiendo que la situación en que te encuentras te da ya las prerrogativas vinculadas a esa función.

Haz saber que por tus consejos sagaces se ha encontrado la manera de llevar a cabo obras para el pueblo como la construcción de hospicios públicos para los indigentes, sin necesidad de la contribución financiera de los ciudadanos.

No cuentes con tu valor y tus talentos para obtener un cargo y no vayas a imaginarte que éste debe recaer en ti automáticamente con el pretexto de que eres el más competente para desempeñarlo. Porque se prefiere

conferir un cargo a un incapaz más que a aquel que lo merece. Obra, pues, como si no quisieras deber tus funciones más que al favor de tu patrón.

Para obtener una función, adelántate, promete favores, utiliza intermediarios y después no pierdas jamás la ocasión de prestar los servicios prometidos. Rebájate en público, diciendo que eres indigno de ese cargo y que eso hará -caso de obtenerlo- que tu reconocimiento sea mayor.

Si las funciones que ocupas implican un alto presupuesto y tus recursos personales son superiores a los de todos los demás, para evitar que esas funciones puedan ser confiadas a otro, invierte todas las ganancias de ese cargo en unas funciones perpetuas. Así, cualquiera que entre a desempeñar esas funciones no deberá contar más que con sus recursos personales y así éstos quedarán en tu casa.

Siempre hay que apuntar lo más alto posible. Si comienzas unos estudios emplea en ellos toda tu energía sin dejarte llevar por esa vanidad intelectual que es lo único que buscan ciertos sabios en sus estudios. Si es la virtud a lo que aspiras, que sea la más alta. Si son los honores, ambiciona los más elevados y estarás así más seguro de obtenerlos.

■ Responder a las solicitudes

No digas que no inmediatamente, y envuelve tu negativa en un largo discurso; si le has negado una vez algo a alguien, no cambies de opinión a la ligera y si por acaso vuelves sobre tu negativa que sea por razones serias. Cuando tengas que responder negativamente a una petición que se te haga, reflexiona un instante y haz después como si estuvieras realmente desolado por no

poder acceder a esa petición. Puedes también convenir una seña con uno de tus sirvientes: vendrá al punto a anunciarte que ha llegado una carta, que una desgracia ha caído sobre ti de repente, y al pedigüeño le significará con la voz y con el gesto que no puedes satisfacer su petición.

De todos modos felicítale por su gestión y si sigue insistiendo pregúntale cómo podrías probarle de otro modo tu amistad. Ordena entonces a un subordinado, prevenido de antemano, que se ocupe de él y cuide de sus intereses como si se tratara de los suyos propios.

En fin, si despidas a tu solicitante y lo envías a casa de otro, evita que se marche con las manos vacías e indícale la manera de encontrar a aquél a quien lo envías.

La gente humilde se inflama rápidamente, pero sus pasiones caen con la misma repidez, y si alguno de ellos solicita algo de ti abusivamente, no se lo niegues al punto, sino convéncelo de que tenga paciencia empleando unos pretextos especiosos acompañados de buenas palabras. E incluso si el objeto de su deseo les interesa mucho, no te inquietes, que renunciarán o incluso se encenderán en la pasión contraria.

Ten la seguridad de que todas las muestras de odio que te manifiesten son auténticas, porque en el odio, a diferencia del amor, no se conoce la hipocresía.

Si no puedes negarle un cargo a alguno, dale un puesto en el que esté en peligro, pero sin que por ello haga correr riesgos a la administración pública.

Puedes también, con el pretexto de honrarlo, conservarlo en la corte. En general imagina unos cargos honoríficos que no cuesten nada de conferir como antaño se daban en Roma unos brazaletes de laurel a modo de recompensa, etc. En este dominio, los hombres no distinguen las apariencias y la realidad.

Cada año, en fecha fija, o al menos cada tres años, haz el balance de los hechos y acciones de tus subordinados repasando el registro en que los tienes consignados. Destituirás a algunos de sus funciones, elegirás para ellas a otros, distribuirás cargos y prestarás oído a las peticiones... Pero haz saber que si escuchas todas las peticiones presentadas personalmente, negarás sistemáticamente todas las hechas por un intermediario. Finalmente, no adquieras ningún compromiso a largo plazo.

■ Afectar sentimientos

Recoge en los poetas unos modelos de comportamiento afectivo como los que se encuentran en el *Palatium Eloquentiae*⁸ y ejercítate en fingir los sentimientos de que vas a tener necesidad, hasta estar por decirlo así impregnado de ellos. No le descubras a nadie tus sentimientos verdaderos y finge la sinceridad. Enmascara tu corazón tanto como tu rostro, los acentos de tu voz tanto como tus palabras. La mayoría de los sentimientos se lee en el rostro. Si eres temeroso, domina tu miedo pensando que eres el único en conocerlo y obra como si fueses valeroso. Haz lo mismo en "Cuanto a los demás sentimientos.

⁸ Gerard Pelletier. Profesor de gramática y de retórica. Tuvo como discípulos al Gran Condé y a Armand de Conti. Es autor del *Reginae Eloquentiae Palatium siue Exercitationes oratoriae*. París. 1641

innovación?

¿Estaré a la altura de la empresa?

¿Es compatible con mi condición?

¿Tengo la estimación del país donde vaya obrar?

■ Salvar la apuesta

Si apuestas con alguien en cuanto al éxito de un asunto. apuesta con algún otro por su fracaso. y así no perderás nada.

En las empresas que ofrezcan el peligro de costarte caras agrega algunas cláusulas lo suficientemente vagas que puedan ser interpretadas más o menos ampliamente. Por ejemplo. con ocasión de la rendición de una ciudad promete respetar todos los bienes. a condición. sin embargo, de que no haya ninguna agitación o movimiento de revuelta. Sin precisar si se trata de disturbios populares o de incidentes provocados por algunos individuos aislados. que podrían por lo demás ser igualmente gente de tu partido. Así. en caso de necesidad y si la justicia lo exige, podrás denunciar el acuerdo.

Cuando adquieras compromisos, obra, pues. como acabo de indicarte y te será fácil justificar un incumplimiento.

■ Ocultar los propios errores

Si ocurre que se te escape una frase desdichada o, si has obrado inconsideradamente, haz al punto como si lo hubieras hecho de manera deliberada para poner a prueba a los demás o imitar a alguien. Échate a reír como

si estuvieras contento de tu efecto o por el contrario muestra tu pesar por haber sido mal interpretado.

Si alguien se equivoca por ignorancia, no demuestrés haciendo preguntas que tú habrías cometido el mismo error, encontrándote en la misma ignorancia. Reflexiona sobre la mejor manera de saber la verdad. Pregunta por ejemplo a algún otro lo que haría él en una circunstancia análoga, pero ocultándole tu opinión, con el fin de disimular tus ignorancias.

Si has olvidado una cosa que hayas dicho anteriormente -esto ocurre incluso cuando se habla con sinceridad-, ten cuidado de no decir, por desgracia, lo contrario. Por eso es conveniente anotar lo esencial de lo que se dice.

Ten cuidado de no confundir las personas entre ellas. Porque al equivocarte sobre tu interlocutor, con el uno revelarás tus ignorancias, y al otro le harás conocer unas intenciones que no tenía por qué saber. Por eso toma tus precauciones de antemano con el fin de evitar los dos peligros.

■ Excitar el odio contra los malos

Haz el elogio de aquél a quien quieres perder en la estimación de su protector, pero de tal modo que este elogio sea recibido como una ofensa por su patrón. Añade que es lo que dice el rumor público y que tú no hablas a título personal, dejándole a él mismo sacar las conclusiones que se imponen relativas a su reputación. Dale a entender que la fama de su favorito se está volviendo francamente mala mientras lo alientas a despreciar la opinión pública y a dejar que todos esos rumores caigan por sí mismos. Comprenderá que está preocupado personalmente.

Elogia su clemencia, finge la compasión y habla con acentos patéticos de las pasiones de su favorito exagerándolas. Dí: "¡Qué hombre excepcional! ¡Lástima que el vicio eche a perder tan buenas condiciones!" Pero el vicio, no lo nombres.

No amenaces jamás a quien tengas la intención de combatir, porque se pondría en guardia, pero déjalo que crea que tus fuerzas son inferiores a las suyas y que incluso si lo pretendieras, no podrías nada contra él. Reanuda con él relaciones amistosas para que se confíe, y pon unos espías disimuladamente en el lugar en que tengáis una conversación, tras de lo cual indúcelo a pronunciar palabras subversivas, por ejemplo, diciendo mal del Príncipe, y así podrás a continuación denunciarlo.

Exagerarás las malas acciones cometidas por tu enemigo y las desgracias que se seguirán de aquéllas si no se le castigaba. Pero al mismo tiempo para que no parezca que te mueve la pasión, intercede por él pidiendo su perdón, ¡y mucho cuidado, no vayas a conseguirlo! Aprovecha la ocasión para hablar extensamente sobre sus aspectos odiosos, interpretando de manera tendenciosa su carácter Y sus actos, con el fin de debilitarlo. Y en cuanto se presente la ocasión, empújalo al abismo.

No se debe combatir jamás a varios adversarios a la vez y, cuando se ataca a uno, es conveniente reconciliarse temporalmente con los demás.

Asegúrate siempre de la solidez de tu situación antes de que ataques a alguien. No te abandones a la pasión de la venganza malogrando con ello la ocasión de hacer que progresen tus asuntos.

■ Poner fin a una amistad

Evita las rupturas brutales. Aunque tu amigo se haya conducido mal contigo y te encuentres en tu

derecho. reprime tu odio. Perdónale pero apaga en ti progresivamente todo afecto y deja que se deshaga suavemente el nudo de la amistad en el fondo de tu corazón. Continúa frecuentándolo y si las circunstancias lo exigen, por ejemplo, por razones de negocios, háblale, pero con frases breves. Invítalo a tu mesa para no dar la impresión de que no eres amigo de las personas más que cuando necesitas de ellas.

Si estás seguro, o si presumes que alguien es muy amigo del patrón, haz una experiencia para asegurarte de ello. Persuade a quien se jacta de esa amistad de que le pida a su patrón un objeto que estime éste muy particularmente, que no pueda darlo sino a disgusto y hasta se corra el peligro de que se lo niegue claramente. Cuando se lo haya negado, al azar de una conversación, exagera la poca importancia del objeto negado y la importancia de la afrenta.

Incítalo a que pida prestado a su amigo unos objetos de los que estás casi seguro que los deteriorará. Así como unos caballos para un largo viaje, unos vestidos para asistir a un festín y esto, por ejemplo, en el momento preciso en que aquel amigo tenga necesidad de ellos personalmente. Los obtenga o no, en ambos casos uno de los dos quedará ofendido.

O bien convéncelo de que pida prestada cualquier otra cosa sin que se fije fecha para su devolución. El amigo que haya prestado el objeto con el peligro de herir al que lo ha recibido, si le recuerda su obligación o su deuda pero al mismo tiempo tomando a mal el hecho de que no se lo devuelva, se sentirá cohibido si lo encuentra y lo evitará. Con esto toda amistad se enfriará.

Haz correr el rumor de que no vive sino gracias a los consejos de su amigo y que sin él no puede nada. O, peor todavía, que su amigo pretende que no tiene ni casa ni familia y publica el importe de lo que le cuesta. Espaciarán sus entrevistas y se separarán.

Puedes también hacerle que confíe un secreto a su amigo, secreto que tú mismo habrás comunicado a cierto número de personas por algún intermediario. De este modo provocarás la duda sobre la lealtad de ese amigo.

■ Alabar a otro

Habla con aire de sinceridad, di que las palabras proceden de tu corazón y que no tienes otra finalidad que el bien común. Afirma en fin que nada te causa más horror que la lisonja. Prosigue luego diciendo que hay que excusar la afabilidad y la clemencia del Príncipe, y que es su profunda compasión la causa de su falta de severidad.

No pronuncies jamás elogios que halagando al uno, se tenga por críticas indirectas contra los demás. Excepto si te encuentras en el seno de una multitud en la que todo el mundo grita a la vez sin que se sepa quién dice lo que dice. Por esto, no debes hablar de las virtudes de tu amigo y disimula sus vicios.

■ Evitar que otro rechace una función

Díle que estarías dispuesto a satisfacerlo y a aceptar sus excusas si tu decisión hubiera sido tomada en tu interés y no, como es el caso, en el suyo.

O bien déjale la carta en que se le nombra para dicha función, prescribiéndole que no la lea hasta un día determinado después de tu marcha. En el intervalo anuncia a todo el mundo su nombramiento. Si te envía una carta no le contestes.

Si se dirige a ti de palabra dile que no desempeñará el cargo sino unos cuantos días y que pronto quedará liberado si lo desea. Pero que debería más bien aprovecharlo para dar pruebas de su mérito y de su capacidad con el fin de cerrarles la boca a los envidiosos. Porque tú no confías esa función más que a hombres llamados a asumir más tarde muy altas responsabilidades y cuyo valor esté reconocido.

■ Reprimir la cólera

Evita encolerizarte demasiado pronto contra alguien, porque muy a menudo advertirás que te han inducido en error con falsos informes. Pero si en el intervalo te has abandonado a la cólera, las culpas recaerán sobre ti.

Si te sientes ofendido, lo mejor es disimularlo. Porque una discusión provoca otra, y ya no habrá paz entre vosotros. Quizá en caso de conflicto hubieras triunfado, pero esta victoria hubiera sido peor que una derrota porque entre tanto habrías suscitado no pocas animosidades contra ti.

Si te lanzan una pulla, la mejor respuesta será mostrar que has advertido la ironía de la frase o incluso su malevolencia. Pero al mismo tiempo hazte el ingenuo, respondiendo a las palabras y no al espíritu. Después finge tener la atención ocupada en otra parte.

Si alguien te ataca ruidosamente, no necesariamente nombrándote sino al menos con alusiones transparentes a una acción de la que insinúa que tu serías el autor, tómale la palabra, censura esa acción y a los hombres capaces de tal villanía, como si no hubieras comprendido que tú eras el blanco. O bien finge no haber comprendido de qué se trataba y respóndele fuera de propósito.

Pero si llega a nombrarte, haz como si estuviera de broma y jugara a encolerizarse contigo. Respóndele con algunos chistes inocentes que le harán reír. O bien repite sus acusaciones contra ti agravándolas como si se tratara de un tercero, carga las tintas hasta que a él le escaseen las municiones y después desármalo definitivamente demostrándole que no tenía por qué tomarlo tan por la tremenda.

Si alguien te recibe en su casa de manera grosera no digas nada y oculta tu mal humor conduciéndote como si te hubiera recibido como convenía. Quedará castigado cuando se dé cuenta de su grosería y entonces la situación será para él de vergüenza. Entonces intentará reparar sus yerros hacia ti con regalos y beneficios.

Recientemente ennoblecido verás tu nobleza discutida. Si alguien en tu presencia comienza a atacar a los nuevos oficiales, ponte de su parte y elogia la vieja nobleza de sangre. Haz lo mismo en otras circunstancias análogas.

Si te buscan querrela abiertamente y si no existe el medio de no darle importancia, ten siempre a punto una respuesta jocosa a una historieta en relación con la situación, gracias a la cual podrás desviar la conversación hacia otros temas. Puedes tener prevenido también, para tales circunstancias, a alguien que a una señal tuya te traiga una carta. Dirás entonces que se te anuncia un acontecimiento dichoso, o que tienes que salir para ir a ver inmediatamente algo.

Déjale a tu enemigo el tiempo de darse cuenta de la indignidad de su acción, evitando mostrársela tú mismo, para quitarle así todo pretexto de montar en cólera.

Es difícil no irritarse contra alguien que se ha comprometido a terminar un asunto en un plazo determinado y que no puede cumplirlo a causa de un contratiempo. Por eso evita exigir compromisos de este género.

■ Huir

Haz que traigan alcohol, por ejemplo aguardiente. Con el pretexto de beberlo, derrámalo sobre tu ropa, sigue con el colchón y préndele fuego. El guardián creerá que es un acto desesperado y, abandonando su vigilancia, correrá a llamar a los demás. Aprovecha entonces la ocasión.

Simula una enfermedad, por ejemplo unas deposiciones sanguinolentas, comiendo rubia, o bien provoca una alteración del pulso en la sangría del codo ingiriendo moho. Pide después que llamen a un médico al cual te quejarás de insomnios. A continuación exige que te trasladen a la casa del guarda y di que quieres compartir su cena. Pide tu somnífero y compóntelas para echárselo en su vaso. Mientras preparas tu huida, di delante de los tuyos que vas a llevar contigo una espada. En el caso en que uno de ellos fuese interrogado por tus perseguidores, se les quitará la esperanza de atraparte.

Si te persiguen, arroja tu espada ensangrentada en el camino, o deja unas prendas de tu ropa sobre la orilla de un río como si te hubieran arrojado al agua. Persuade a tus acompañantes que se pongan a resguardo y, una vez solo, incendia la casa en que te encuentras; haciendo creer que has perecido en el fuego. Toma un caballo capaz de soportar herraduras dobles y llévate víveres para cierto tiempo.

No preguntes jamás tu camino para un destino único, sino infórmate a la vez sobre varios itinerarios. Mientras estés al alcance de sus miradas sigue una dirección contraria a la que vayas a llevar. Igualmente, cuando salgas de una ciudad o un pueblo camina a campo traviesa, y después, en cuanto estés fuera del alcance de las miradas, cambia de ropa y de marcha, vuelve al camino y toma la dirección que te conviene.

Si tus perseguidores se acercan, hiere a tu caballo y déjalo huir. Cuando vaya a caer en manos de aquellos, pensarán que has sido muerto. Deja flotar tu gorra en la superficie de un río o un pozo, y creerán que te has ahogado. Toma una gualdrapa reversible para tu caballo, y para ti unas amplias hopalandas de colores diferentes. Lleva también una máscara de pergamino pintada por cada lado con un rostro diferente que podrás ponerte y cambiar a voluntad según la ocasión.

■ Corregir y castigar

No ejerzas jamás personalmente la violencia y ten cuidado de no cometer jamás un homicidio. Si tuvieras que castigar severamente a alguien y que para ello no tengas hechos graves que reprocharle, he aquí cómo proceder: castiga a su hijo por una falta menor que hubieras podido perdonarle o que, al menos, tienes la costumbre de no sancionar sino ligeramente. El padre se indignará, y comenzará a quejarse y a murmurar. Dobla el castigo, y él doblará sus quejas. Entonces acúsalo de rebeldía y castígalo rudamente por una falta tan grave.

Ocurre que un castigo, lejos de calmar a los jóvenes, los exaspera. Por eso hay que pasarles por alto algunas calaveradas, por lo menos aquellas que apaciguan sus pasiones sin provocar otras nuevas, quiero decir las pasiones cuya satisfacción no produce hábito o, peor aún, la caída en cascada de pasión en pasión.

Si has expulsado a alguien de tu corte, de tu casa, o de sus funciones, y los otros muestran pesar por ello, quejate públicamente a todos de que aquel hombre te daba bastante malos consejos y haz saber que lamentas haberte dado cuenta tan tarde del daño que había hecho a tus vasallos. Aquellos a quienes apesadumbra su caída

podrán comprender que sus asuntos irán mejor y, para que cada cual quede persuadido de ello, haz algo que demuestre tu buena fe. Si, por ejemplo, has despedido a tu intendente, haz establecer la lista de los que no habían recibido su salario y págales inmediatamente.

Haz administrar la justicia de manera liberal cuando es otro quien paga los gastos. Por ejemplo, si tu Gobernador para agradarte ha abrumado a tus vasallos a impuestos, que les haga saber, el día en que el Estado tenga necesidad de nuevas contribuciones que tú los consideras exentos, y que él mismo se compromete a soportar la carga.

Si quieres corregir a alguien, discute con él sobre el remedio que poner. Preferirá encontrarlo él mismo y se impondrá así su propia pena.

Muéstrate enemigo de toda forma de inquisición y cierra los ojos cuando puedas hacerlo sin perjudicar a otro. No condenes a los hombres de buena cuna a penas infamantes.

Dale al hombre a quien quieres castigar una carta para que la lleve a un incondicional tuyo, un hombre seguro y que habrá de ser tu ejecutor. Envíale inmediatamente después y con gran secreto tus órdenes indicándole la pena que debe aplicar.

Si quieres hacer que vuelva alguien al camino derecho, colócalo en una función en la que tenga que corregir en otros el error suyo. Coloca, por ejemplo, a un alcohólico en la represión del alcoholismo, etcétera.

Si alguien hace retractación pública, responde a las esperanzas que ha puesto en su acto y no lo impulses a agravar su falta rebelándose contra su castigo. Acepta moderar su pena y después de la promulgación de la sentencia, obsérvalo y comprueba si ha reformado su vida. Cuando te dirijas a un culpable no le hagas sentir que ya no tiene nada que esperar ni que la confesión de su crimen no puede sino suscitar tu cólera. Muéstrate

tu intervención a favor de alguien, pues si no consigues nada, te quedará la preocupación.

No discutas personalmente de asuntos con los artesanos; no trates tampoco con las mujeres que lloriquean, gimen y se obstinan. Si alguien trata de hacerte ir a lugares que no te agradan, niégate con el pretexto de tus asuntos. De una manera general piensa en todos los usos indirectos para los cuales pueden servir los deberes y negocios que tratas.

■ Despreciar los ataques verbales

Elogios, lisonjas, adulaciones, sarcasmos, en este dominio la hipocresía humana es reina. Procúrate los libelos, leelos tú mismo, haz que se lean, ríe de ellos, y desesperarás a sus autores.

Evita afrontar la sátira en público. Utiliza como pretexto unos deberes pendientes y no salgas. Si, no obstante, te vieras obligado, lee en tu casa y varias veces el texto de esa sátira y acostúmbrate a reír de ella. Simula los sentimientos adecuados a la situación, imagina las risas de la multitud, inventa unas réplicas, cuidando de que convengan bien a los sentimientos que hayas decidido ostentar.

No ocultes sistemáticamente tu emoción cada vez que te suceda una desgracia por temor a que de tu silencio se deduzca automáticamente que te ha ocurrido un accidente.

■ Adquirir habilidad en la acción

Si tienes que manifestar tu condolencia a alguien por un suceso desgraciado, atente a los lugares comunes

que proponen los retóricos, sin agregar nada personal, por temor de que tu consuelo se vuelva panegírico. Si se ataca a alguien en tu presencia, mantente sobre aviso, y no digas una palabra de censura o de alabanza, pues una y otra sola concitarían en tu contra el odio.

Aunque tus superiores te hayan ofendido habla de ellos bien y no permitas a nadie hacer alusión al caso incluso si ello no debiera desagradarte.

He aquí cómo comprobar las acusaciones hechas contra alguien en tu presencia: escucha a los acusadores y anota punto por punto sus palabras; después pídeles que pongan por escrito todo lo que han dicho con el pretexto de que sus acusaciones deberán ser leídas en presencia del acusado. Finalmente, compara las dos versiones y conocerás la verdad para obrar con justicia.

■ Desviar las sospechas

Relee los capítulos "Obtener el favor de otro", "Evitar las ofensas", "Obrar con prudencia".

Si sospechas que alguien te haya mancillado en presencia del Príncipe, envíale una carta aparentemente sospechosa pero que contenga en realidad el elogio del Príncipe. Deja por ejemplo unos párrafos en blanco de los que pensará que corresponden a partes de la carta que no se pueden descifrar sino por un medio artificial, pasando la carta por una llama o metiéndola en el agua. Puedes también no escribir más que las primeras y las últimas sílabas de las frases. Después proclamarás claramente que tu intención era que el contenido de la carta no llegara al Príncipe por temor a ser identificado como un vil adúlador.

■ Desembarazarse de los malos

Si tienes que retirarle su cargo a alguien comienza por dejar de suministrarle los fondos necesarios para la gestión. Las deudas que va a contraer serán su multa. Cuando pierda el cargo, en efecto, no habrá en la caja con qué pagar esas deudas y tendrá que liquidar a sus acreedores de sus fondos personales. De este modo le habrás impuesto una multa como quien no quiere la cosa.

Si alguien trata de captar los favores del superior, haz que éste te entregue en depósito una cantidad de dinero, o un objeto guardado celosamente bajo llave, o bien una joya por la que su esposa tenga un interés particular. Róbasela una noche (podrás atraerla fuera con el pretexto de cualquier diversión) y avisa al superior que debe esperar una traición de su subordinado y que es un ladrón. Todo esto deberá ser minuciosamente preparado de antemano.

Cuando haya que temer que un ofendido se rebele y trate de suscitar alteraciones (si, por ejemplo, quieres destituir al general de tu ejército), hazlo detener y ponerlo en prisión sin avisarle, y al mismo tiempo confía el mando a otro general a quien habrás hecho discretamente popular entre los soldados. Finalmente, paga tú mismo el sueldo del ejército, con el fin de que no eche de menos a su antiguo general.

Si alguien promueve escándalo en una comida, afirmando, por ejemplo en el curso de una discusión, algo que no es verdad, hazle dar una hoja de papel y dile que escriba lo que afirma y que lo firme, ordenándole acudir al día siguiente a presentar la prueba de sus afirmaciones.

Supongamos que algún ambicioso intriga para obtener tu cargo cuyas funciones es incapaz de

desempeñar (supongamos por ejemplo que seas general de un ejército en campaña, pues este género de puesto suscita la envidia), comenzarás por exasperar al enemigo, y colocarás a tu ejército en una situación difícil, sin dejar de velar por el buen aprovisionamiento del cuartel general de las fuerzas. Después, con el pretexto de que se te llama a otro teatro de operaciones, le pedirás que te reemplace sin darle ninguna indicación sobre la situación de la guerra, la geografía del terreno, la posición y las fuerzas del enemigo.

Irá derecho al fracaso No te apresures entonces a acudir en su socorro, y espera a que haya reconocido, tu valor y su propia incompetencia

Si tienes necesidad de volver inofensivos a unos jóvenes, haz de ellos unos afeminados debilitando su alma con la música, la pintura y la escultura. Dales como pedagogos a unos subordinados sin moralidad de pasiones venales, que servirán los deseos de esos jóvenes en lugar de dominarlos; el método es el mismo con los demás tipos de personas. A los desesperados procúrales unos criados pesimistas que aceleren su mal, rodea al perezoso de ociosos y "al cazador de cazadores".

Puedes igualmente, para desalentar a alguien de la acción, utilizando un intermediario que sea desconocido para él, hacer de modo que sus cartas y las respuestas a sus cartas se extravíen y esto como si únicamente la negligencia del mensajero fuera la causa. Igualmente, unas personas podrán leer esas cartas y sus asuntos fracasarán. Hazle emprender varios negocios a la vez para que fracase, aconséjale que solicite varias cosas al mismo tiempo para que no obtenga nada. Haz matar sus animales preferidos espolvoreando, por ejemplo, su comida de pimienta y azafrán para volverlos rabiosos. Volverás furioso al caballo que ha decidido montar, envenenándolo, y el caballo no soportará más a su jinete. Ofrécele una recompensa extraordinaria, si afronta un

peligro, por ejemplo una fiera, y lo verás precipitarse de cabeza en el peligro amenazante.

■ Viajar

No le digas a nadie las cantidades que llevas encima. Por el contrario, quéjate sin cesar de andar falto de dinero. Si unas personas a quienes no les concierne te preguntan de dónde vienes, elude la respuesta. No le confíes a nadie adónde vas, pero pregúntales a los otros adónde van ellos y haz a todo el mundo todo género de preguntas.

Evita acercarte a quienes están peleándose, porque suele ocurrir que unos ladrones provoquen un altercado para atraer a un viajero, despojarlo y saquear su equipaje. Si uno de ellos te cubre de sarcasmos, haz como si no lo oyeras. Evita también confiar en personas demasiado bien vestidas y acicaladas como de alta categoría; a menos que los conozcas de antemano, son unos ladrones disfrazados.

No te metas jamás en la cama sin haber examinado inmediatamente antes los alrededores. Toma las precauciones equivalentes en lo que concierne a tu alimento. No dejes que los sirvientes de tu huésped se precipiten sobre ti a tu llegada, pues podría ser que lo aprovecharan para registrar tu equipaje.

Lleva siempre contigo un libro para pasar el tiempo. Viaja con unos compañeros seguros y arréglatelas para que te precedan más que te sigan.

En los lugares resbaladizos y en pendientes, es práctico llevar unos hierros en el calzado y caminar sobre la punta de los pies.

Sé poco locuaz con el fin de no poner en peligro tu bolsa o tu vida por palabras superfluas.

■ No correr tras las vanidades

Cuando se trate de asuntos serios, de consecuencias decisivas, déjales a los demás las satisfacciones frívolas como son la gloria y los vítores.

Si el enemigo acepta entregar una ciudad, otórgale unas condiciones honorables, concédele que no ha sido vencido y que ha dado únicamente pruebas de buena voluntad. Déjalo salir detrás de sus estandartes desplegados y llevarse todo lo que no tenga valor pero cuya pérdida significaría su derrota. ¿Qué puede importar esto con tal de que abandone el territorio, devuelva los prisioneros, y deje el oro y las municiones, y esto antes de que se ponga el sol?

Haz lo mismo con las cosas que no valen más que por su delicadeza o su diversidad, como las flores, etc. Que otros vean en ello unos regalos, no tú.

No cambies un daño contra unas promesas de servicio. Estas son palabras y nada más, y sólo serás pagado con esas palabras bien pronto olvidadas mientras que el daño te quedará a ti.

Deja a los demás la gloria y la fama; tú busca la realidad del poder. Si se te promueve a una función que lleve anexa una parte honorífica, haz nombrar a la vez que a ti a tu rival, para evitar que suscites trastornos; tú le dejarás la parte honorífica de la función, conservando su goce efectivo.

■ Criticar, enmendar

El momento favorable es aquel en que tu hombre acuda a rendirte homenaje, no esperando sino cumplimientos.

He aquí cómo enmendar la conducta de los hombres de buena cuna; en cuanto al uno, haz el elogio de sus actos, incluso los menos importantes, con lo que harás que aumente su celo, pero al mismo tiempo, por intermedio de un amigo, hazle saber en secreto tus reproches. Si otro se ha embarcado en unos amores ilegítimos y quieres desprenderle de ellos abrúmalo con asuntos complicados. Paga a unas personas que espíen sus palabras y sus actos, que atestigüen contra él, y tú por tu parte cúbrela de censuras sobre todo lo que haga. Además, entérate de a quién frecuenta y hazle renunciar a sus antiguas relaciones que le han dado el mal ejemplo. Lanza a una mujer a la compañía de mujeres, y a un hombre a la compañía de hombres, puesto que sus relaciones con el sexo opuesto les han sido nefastas.

Dale a cualquiera como compañeros unas personas que, si no tienen la virtud opuesta a su vicio, padecen al menos el vicio contrario. A un hombre violento asóciate un débil, a unos apasionados unos apáticos.

■ Simular unos sentimientos

En el caso de que entre el pueblo se implantaran falsos cultos, importaría mucho disimular tus sentimientos, porque tu hostilidad provocaría una oposición política. Por lo que importa es necesario también no mostrarte en público y convencer a aquellos que abrigan los mismos sentimientos que tú de hacer otro tanto. Lo mejor será aturdirte con fiestas para olvidar los sentimientos que tratas de ocultar. Así, al observarte, nadie sabrá si estás satisfecho o furioso.

■ Prestar

Ordena que cuando uno de tus servidores otorgue un préstamo, haga firmar al deudor un inventario minucioso; deberá obrar en todo como si tú no estuvieras *al corriente de ese préstamo* y que fuese por propia iniciativa por lo que pide esa garantía.

Así, pues, en el caso de que no puedas negarte a un préstamo, pretende que tú mismo eres ya deudor o finge estar precisamente en busca de un acreedor. O bien, dirás que no tienes el dinero que te pide tu amigo, pero que puedes, sin embargo, encontrárselo y esto sin que tenga que pagar intereses. Basta con que te proporcione una garantía, ya sea un adelanto sobre su parte de una herencia futura, o que deposite en tu casa un objeto de un valor equivalente.

■ Obtener la verdad

Para saber lo que piensa realmente alguien de tu política haz emitir por otro las opiniones que son las tuyas propias o bien lee tú mismo un texto que hayas redactado pero que pretenderás que procede de algún otro.

La amistad vuelve a las personas demasiado benévolas y falsea su juicio. No quiere decir esto que nuestros amigos no sean sinceros cuando hacen nuestro elogio y nos animan a obrar, pero esta benevolencia no tiene nada que ver con un verdadero juicio, que consiste en no escribir al interesado hasta después de haber tomado informes y examinando sus actos.

■ Acusar

No hagas una denuncia hasta en último extremo ni entables proceso contra alguien de quien sepas que está en mejores términos con el juez que tú mismo. Si entablas un proceso o proyectas entablar uno, obra, incluso si la razón está de tu parte, como si el culpable lo fueras tú. Ve a visitar a los jueces con unos regalos, y recíbelos en tu casa. Trata de encontrar mediadores con los que tu adversario pueda entenderse. Repasa minuciosamente y con la cabeza reposada las objeciones que puede hacerte y cómo puedes tú contestarlas, pero guarda todo eso bien secreto. Bajo ningún pretexto expongas a nadie tus derechos y prerrogativas, porque así informarías indirectamente a la parte contraria. Infórmate del carácter de tu adversario -¿es un cobarde?, ¿un violento?-, con el fin de adaptarte a él. Si es un violento, evita los momentos en que se encuentre enfurecido. Si es un cobarde, hay que obrar lentamente. Ten cuidado también que no sepa de antemano de qué se le acusa ni del objeto del proceso que entablas contra él. Que la acusación le caiga encima súbitamente sin que tenga tiempo de congregar sus tropas para su defensa.

Elige bien tus abogados. Poco importa su valor o su carácter; lo esencial es que se encuentren en buenos términos con el juez. Implícalos en tu asunto y demuéstales que ellos también se encuentran amenazados con el fin de que se persuadan de que dejando seguir las cosas van a encontrarse en los mismos peligros que tú.

Haz además que todas tus acusaciones sean presentadas no de una manera jurídica y oficial sino en el modo de la confidencia amistosa. Añade algunos detalles abominables inspirados por los propios vicios del juez. Este lo creerá tanto más fácilmente cuanto que

reconocerá esos vicios y, lo que es más, pensará que en un asunto de ese género están en causa su fama, su posesión y hasta su vida.

En presencia del juez manifiesta compasión hacia tu adversario, afirma que únicamente la preocupación del bien público te mueve a obrar, y achácalo a su mala fortuna. De lo contrario, tendrías escrúpulo de causar la desdicha de un amigo.

■ Ser acusado

Debes disimular que estás al corriente de las demandas presentadas contra ti. Evita corregir súbitamente tu comportamiento en la esfera que concierne a esas demandas, por temor a que tu acusador se sepa descubierto y se gane el reconocimiento de aquel ante el cual se ha quejado. Por el contrario, en la primera ocasión, habla de él como de un enemigo personal y agrega que es un delator profesional, y que si los jueces desean que haya delatores, como se desea que existan traidores, no es la costumbre hacerse amigo de ellos.

Di que tiene el hábito de emplear las mismas acusaciones cuando ataca a los demás en tu presencia. Que los hombres como él no obran ni por sensatez ni por sentido social. El juez debe considerarlos no como unos aliados, sino como unos detractores sistemáticos. y si les da oídos, con el pretexto de que pueden ser útiles, soportará un día las consecuencias a título personal.

Retráete en una aflicción altiva y entrégate a tus asuntos como para distraerte y consolarte ocupándote de cosas realmente serias. Pero conserva tu odio hacia aquél que te ha denunciado y reflexiona sobre lo que debes hacer en la situación en que te coloca su denuncia, sin dejar de consultarlo como a un amigo íntimo.

te adentres en el dédalo peligroso de los subterráneos sin una lámpara que funcione, con una reserva suficiente de aceite, y ve colocando candelas en diferentes lugares. Si te aventuras solo, haz como Ariadna, y llévate un largo hilo que podrás seguir en sentido contrario para salir. Como en esos lugares el aire suele estar viciado, lleva contigo perfumes y ungüentos con los que te untarás y rociarás en abundancia antes de entrar.

Habla bien del pueblo en el que estás, y mal de aquellos cuyas costumbres son opuestas a las tuyas.

■ Leer libros teóricos

Leer sobre la aserción, la demostración, el orden y el lugar de las palabras, la deducción, la prueba, la argumentación, la reducción del silogismo, cómo establecer la mayor, consolidar la menor, reforzar la una y la otra, sacar las conclusiones positivas y negativas, la búsqueda de las objeciones, las articulaciones del discurso, el desarrollo de los párrafos, los efectos de estilo, la solidez del punto de vista contrario, sus puntos vulnerables, sus posibilidades de defensa.

Podrás examinar así cada parte de tu discurso, primero desde un punto de vista formal, después las objeciones que puede suscitar, finalmente la respuesta que habrá de recibir. Juzgarás entonces sus faltas y verás lo que tus adversarios refutarán y podrán reargüir al contraatacarte.

Tu lectura debe enseñarte a destruir esas objeciones por otros medios y a volver claro lo que es difícil de comprender circunscribiendo la dificultad y analizándola.

No concluyas demasiado rápidamente de lo general a lo particular, como hacen las teorías físicas, pasando

de las causas primeras al fuego, del fuego al árbol y del árbol al ángel. O como los teólogos que hacen un discurso sobre el sacramento en general antes de pasar a cada uno de ellos en particular.

No te contentes con una sola lectura, haz varias, porque con frecuencia en cada lectura es una cosa distinta la que llama nuestra atención o nuestra inteligencia. Esto es lo que una primera lectura, incluso laboriosa y atenta, no puede dar, aunque esta lectura vaya acompañada de los comentarios de alguien.

Así, pues, lee y relea. Primero para constituirte una reserva de argumentaciones, que convengan a cada "lugar", como dicen los dialécticos: argumentación asertiva, contradictoria, defensiva. Después, marca todo lo que en esos tratados teóricos pueda darte como materia de partida para digresiones en el curso de una conversación, a la manera de los médicos y de los eruditos.



Axiomas

1. Obra con todos tus amigos como si hubieran de volverse tus enemigos.
2. En una comunidad de intereses, el peligro comienza cuando uno de los miembros llega a ser demasiado poderoso.
3. Cuando te preocupes por obtener algo, que nadie se dé cuenta antes de que lo hayas conseguido.
4. Hay que conocer el mal para poder impedirlo.
5. Lo que puedas arreglar pacíficamente, no trates de arreglarlo con la guerra o con un proceso.
6. Más vale sufrir un ligero daño que, con la esperanza de grandes ventajas, hacer progresar la causa de otro.
7. Es peligroso ser demasiado duro en negocios.
8. Más vale el centro que los extremos.
9. Debes saberlo todo sin decir nada, ser amable con todos sin dar tu confianza a nadie.
10. La dicha consiste en mantenerse a igual distancia de todos los partidos.
11. Conserva siempre alguna desconfianza respecto de cada cual y ten la convicción de que ellos no tienen mejor opinión de ti que de los demás.

12. Cuando un partido es numeroso, aunque no seas de ese partido no hables mal de él.
13. Desconfía de aquello a lo que te llevan tus sentimientos.
14. Cuando hagas un regalo o cuando des una fiesta, medita tu estrategia como si partieras para la guerra.
15. No dejes a nadie acercarse a un secreto con más facilidad de lo que dejarías acercarse a tu cuello a un prisionero decidido a degollarte.

